

El Baluarte

NO ALO...
...28282 número...

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 193.

Sevilla.—Viernes 24 de Agosto de 1900

AÑO XXIV.

La excursión de los tristes destinos

El viaje de los reyes, por extraño contraste, ha venido á determinar un movimiento de opinión iniciado en Bilbao, que se ha sentido más vigoroso en Gijón, y que ha de ir en aumento en las laboriosas y liberales tierras de Castilla.

La precipitada huida del ministro de la Gobernación, adherido como un pólipo á las instituciones, ha obedecido á dos motivos importantísimos; la necesidad de tomar rápidas disposiciones para contrarrestar la recepción de Vigo y de Coruña, y meditar respecto de la conveniencia de una larga permanencia en Santander al retorno, donde también parece que se agitan los elementos populares y patriotas, tan anticlericales como enemigos de este Gobierno que patrocina la compañía de Jesús, á quienes sirve de garantía el Vaticano y la reacción toda; también trae el amigo y lugarteniente de Silvela la necesidad de poner paz entre el disuelto Gobierno, ó procurar siquiera que en estos días de salvos, voladores y regocijo, no monárquico, surja de pronto el conflicto ministerial con todas las consecuencias de una crisis, que bien podrá llamarse la crisis de los celos mal reprimidos; más grave aún que cualquiera otra, por lo mismo que los ministros de segunda se sienten muy mortificados y se consideran disminuidos, porque á espaldas suyas, y sin el acuerdo del Consejo de ministros, se han adoptado gravísimas resoluciones, que hasta que no se empezaron á ejecutar no las conocieron esos consejeros responsables.

Sea lo que fuere de estas querellas íntimas, de esos odios africanos que sienten los consejeros de segundo grado contra los ministros de primera jerarquía, que no hubieran prestado su aquiescencia á esa medida de gobierno, que ha dado la efectividad de Almirante en el mar al señor Silvela, es lo cierto que alguno de ellos no es por completo extraño á la conjura pidalina, ni ve con malos ojos que se preparen los jalones para resucitar el histórico partido conservador.

Ya riñen todos los compadres, y esto es un gran síntoma, y una buena señal de que esa prueba marítima de Silvela ha salido un poco desigual.

Ha bastado que el pueblo se manifieste indiferente, y haya hecho el vacío á esas fiestas y á esas manifestaciones del caciquismo, para que el Gobierno tiemble y los responsables no quieran cargar con el fracaso, mereciendo la descomposición del ministerio y el desvío, y aun la separación de elementos importantes que hasta ahora le prestaban apoyo.

Aquellos gritos de Gijón, que sin ser subversivos acusan un gran sentido de protesta tan oportunamente escogido, pueden y deben ser como el sacudimiento de la pereza, y la prueba de que la fuerza en que se apoya el Gobierno es mucho más débil de lo que se cree, y que no hacen falta esfuerzos de titanes para destruirle.

El que ante actitudes de correcta protesta, de respetuoso disgusto tiembla; el que ante un grito de viva el trabajo y el pueblo y abajo los caciques, cambia el itinerario y azoradamente manda á uno de sus ministros salir para la residencia de invierno á tomar rápidas medidas, es seguro que ante el concierto de las energías populares, manifestadas de un modo más activo, sería capaz de arrojar por la borda, poseído del pánico del cobarde, que tan bien cuadra á esta situación.

Coruña, Vigo, Santander, poblaciones todas del litoral en que es tan grande el amor á la patria como el sentimiento por la libertad, acusarán indudablemente un estado de opinión que causará espanto entre gobernantes, y el retorno á la odiosa y odiada residencia oficial del invierno será digno coronamiento á esa triunfal excursión por playas y balnearios.

Madrid, la villa de la centralización, la población oficial, el nervio de la vida del Estado, ha conocido ya cuán odiada es por los que se llaman en otras residencias obligados moradores de la ciudad improductiva, hará justicia á quien así la trata.

Nosotros lo esperamos, y seguramente nuestras esperanzas no serán defraudadas por aquel pueblo que ha tenido los grandes empeños de

la libertad y que ha derramado su sangre por la conquista de los grandes ideales.

A. A.

Murmuraciones

En la Coruña se han repetido las ovaciones al campeonato cortesano que anda recorriendo las costas.

Músicas, vitores, palomas, gorriones, cernícalos y demás aves que se nutren del presupuesto nacional.

El Gobierno, satisfechísimo.
Las personas reales, satisfechísimas.
Las personas pesetas, satisfechísimas.
El pueblo coruñés, reventando de gozo.
Menos el cielo, todos, todos estaban entusiasmados.

El cielo, testigo de mayor excepción de tantas hipocresías, no quiso participar de esas alegrías, y comenzó á dejar caer chaparrones de agua para enfriar los entusiasmos.

La prensa nos da cuenta de todo.
Silvela le echó á las instituciones su gabán por encima para evitarles un enfriamiento.

Atención tan delicada tendrá la debida recompensa.

—¡Lo dejaremos que gobierne un mes más!

¡Lo que es un gabán á tiempo!

Por cierto que ha sucedido una cosa que tiene gracia, y que, como la refiere un periódico, la voy á trasladar aquí:

«Dicen de la Coruña que con motivo de la estancia de los reyes en aquella capital se ha suscitado un conflicto de orden puramente particular, cuya solución se presenta bastante difícil.

Invitado por el gobernador civil para ceder su carruaje á los reyes, el acaudalado propietario D. Andrés Castiñeras mandó arreglar el vehículo y se gastó, solo en correajes nuevos con hebillas de plata para los caballos, la friolera de once mil pesetas.

Igual invitación se hizo á los señores del Río, los cuales lo han arreglado á la Daumont. De donde resulta que eran dos familias con igual derecho las que se disputaban el honor de conducir á los reyes en su carruaje; y por más que trabajaban las autoridades, parece no encontraban la manera de solucionar el conflicto. Creíase anteayer que éste quedaría resuelto por medio de un sorteo.»

La gallegada es de tomo y lomo.
Me refiero á la gallegada del Gobernador, quien precisamente no será gallego, sino que será silvelista ó datista.

Los corresponsales encargados en relatar nos estas cosas no nos han dicho quién ganó la pelea: si el Sr. Castiñeras ó el Sr. del Río.

Pero, sea quien fuere, los dos han demostrado estar á la altura de las circunstancias.
¡Merecen ser cocheros reales!

En Madrid un suicidio por amor... ¡Cosa más rara!
¡Yo no presumí que habría tantos tontos en España!

Aunque embozadamente, la prensa madrileña da á entender que las fiestas reales no han sido todas ellas de gran alborozo, sino que también ha habido quien meta la pata, ó el pito.

La vuelta precipitada á Madrid del ministro de la Gobernación da qué pensar, y acerca de ella se hacen las siguientes conjeturas:

«Así, pues, damos desde luego por sentado que ni en Bilbao ni en Gijón ha habido silbas más ó menos ruidosas; que en Bilbao y en Gijón todo ha sido entusiasmo y regocijo; y que, por tanto, el ministro de la Gobernación no viene á Madrid á procurar, con el castigo de un gobernador poco ducho en preparativos, que otros gobernadores escarmienten en cabeza ajena; pero, aquí de nuestras cavilaciones: si nada de eso ha ocurrido, y si no viene á eso el Sr. Dato, ¿á qué debemos la impagable dicha de tener entre nosotros al ministro de la Gobernación?»

Padecerá el pobre diarrea monárquica después del viaje marítimo, y no querrá curarse por allá porque no se fía de los médicos gallicos.

Porque por las silbas no sería.
¡Apenas si lo silbaron á él en Barcelona y se quedó tan fresco!

Los telegramas nos dicen que una estanquera en Valencia ha matado á un hijo suyo y no se ha muerto de pena.
¡Pobre madre! De ese crímen la responsable no es ella:
¡debe ser la responsable

la Empresa Tabacalera
Ejemplo: Cuando me fumo un cigarro de cuarenta y cinco, me dan temblores, tengo ganas de pelea, y mataría á mi suegro, y mataría á mi suegra, si yo tuviera esos bichos que turban la paz doméstica. Y como esa pobre madre está ocupada en la venta de ese combustible insano que á toda España envenena, sufrirá esos arrebatos que ciegan la inteligencia, y habrá matado á su hijo la pobre sin darse cuenta, ¡como el que se fuma un puro de o'5 peseta!

De *Las Noticias* de Barcelona, periódico pesimista, ¡muy pesimista!, porque no hay razón alguna para pensar así.

Lean ustedes:

«Hemos llegado al colmo de nuestro decaimiento moral, y esto es lo que constituye hoy día el mayor peligro para la vida de nuestra patria.

Nada hay que pueda levantarnos ni sacarnos del abatimiento en que nos encontramos. Nos ocurre lo mismo que á aquellos cuerpos enfermos que, después de recibir una inyección hipodérmica, recobran sus energías por algunos momentos, para volver á caer inmediatamente en su letargo. Las impresiones duran en nosotros breves instantes. Parece como que todo lo que ocurre en nuestro país, desde hace algún tiempo á esta parte, no es digno de nuestra atención.»

¡Como que no nos importa un Silvela almirante!

Y tanto nos da que sean los yanquis, que sean los ingleses, que sean los turcos los que vengan á conquistarnos.

Nos alegraríamos, á decir verdad, que fueran los turcos.

Porque se traerían para acá á las turcas.
Y las *INURCAS* son buenas amigas nuestras.

Y sigue diciendo *Las Noticias* con igual pesimismo:

«A las cuarenta y ocho horas de ocurridos todos los acontecimientos, han dejado de tener importancia. Se nos dijo que habíamos perdido nuestras colonias, pérdida que fué debida, como está en la conciencia de todos, á la política de nuestros Gobiernos, y llevóse á cabo la desmembración de aquella hermosa y rica parte de nuestro territorio, sin más que débiles y estériles protestas que bien pronto cesaron, porque en nuestro decaído espíritu las juzgamos inútiles.»

¡Débiles protestas!
¡Y tan débiles!

Como que las únicas que protestaron fueron las cincuenta mil madres que perdieron allí sus hijos.

Y las protestas se redujeron á... pedirle á los curas de las parroquias respectivas que dijeran una misa en latín por el alma de los muertos.

Por cierto que los curas contestaban:
—¡El dinero adelantado! ¡El dinero adelantado! Si no, no hay misa.

Y sigue diciendo el mismo querido colega:

«Parece, con todo esto, que una ley de la Historia pesa inflexible sobre nosotros; parece como que en los inexcrutables designios de la humanidad, la pobre España estuviere llamada á retroceder. Pueblos ha habido en la Historia, que, después de larga y gloriosa vida, han ido á perderse en el polvo de los siglos ó han decaído hasta el punto de arrastrar una vida de esclavitud é ignorancia; pero si estudiamos y nos detenemos á pensar sobre los tiempos que precedieron á su desgracia, no veremos en ninguno de ellos síntomas más alarmantes de los que hoy se notan en nuestro país.»

Así que... ¡las señas son mortales de necesidad!

Yo pido á Dios con fervoroso anhelo que nos toque á los andaluces un buen amo.

Ó una buena ama... de cría, que haga justicia y nos dé de mamar á todos.
Porque lo que sucede ahora no está bien.

¡Malo se está poniendo eso de las peregrinaciones á Roma!

Escriben desde allí á un diario español:

«Se anuncia una peregrinación capitaneada por el duque de Bailén. Esperamos que á estos pobres de espíritu no se les autojará venir el 20 de Septiembre y entrar por Puerta Pia, pues no está Magdalena para tafetanes. Sentiríamos ver á nuestros paisanos correr, no decimos hasta España, que es una exageración, pero sí hasta la frontera, que es muy posible.

Recuérdese lo que sucedió al embajador ex-

traordinario, conde de Maceda, enviado á los funerales de Pío IX. Por gritar viva el Papa rey en el puente de San Angelo, el pueblo le cogió, lo sacó del coche y lo tuvo suspendido sobre el Tebere, fuera del pretil del puente, sin importarle nada su uniforme de grande de España ni su gran cruz de Carlos III.»

Lo tuvo suspendido por fuera del pretil... ¡pero no lo tiró!

Así es que... el conde de Maceda, caballero gran cruz, pudo seguir gritando lo mismo en cuanto se le pasara el susto.

Consecuencias de hacer las cosas á tuertas. Si las hubiera hecho á derechas, el conde de Maceda no grita más.

¡Qué!... Ni se rasca.

Rarezas yanquis.

Ó sea:
Rarezas que tienen los últimos vencedores de los hijos del Cid (entre los que no me cuento, porque yo soy hijo de mi padre y de mi madre):

«Uno de los últimos casos originales de que últimamente nos enteramos de la prensa, es de una hermosa y rica viuda de California, que ha querido honrar la memoria de su malogrado cónyuge, elevando sobre la tumba de éste un monumento de tamaño natural, que representa al interesado montado en bicicleta y con el traje propio de este sport.

Al lado de este monumento véese una escultura que representa á la inconsolable viuda, no envuelta en enlutadas vestiduras, sino también de ciclista: pantalones bombachos y sombrero de paja.»

Esta gente entiende la vida mucho mejor que nosotros.

Hace cada uno lo que se le antoja sin preocuparse para nada de la Corte celestial.

Y aun suponiendo que en ello se preocupen, la viuda se habrá dicho:

—¡En bicicleta llegamos más pronto! ¡Arrea que San Pedro nos aguarda!..

CARRASQUILLA.

Desde París

Correspondencia particular de EL BALUARTE, por su redactor Adolfo Vasseur.

XIII

Hoy he dedicado todo el día á España y á la gran fiesta de la repartición de premios, y á la famosísima fiesta de noche. Para hacer una descripción de todas esas maravillas, sería preciso ser un *Luis Bonafoux*, pero los benévolo lectores de EL BALUARTE se darán por satisfechos con mis cortos alcances.

En las salas de las fiestas no pueden penetrar más que los expositores y los invitados; tras de mil tretas logro entrar en el codiciado recinto; son las dos menos cuarto, y ya cuesta un ojo de la cara el colocarse.

La ornamentación de la inmensa sala está por encima de todos los elogios. En lo alto de la escalera de honor está una gigantesca estrella de flores artificiales, y en su centro una enorme cruz de la Legión de honor. 40 estrellas, también formadas con flores, representan las 40 naciones que han tomado parte en la Exposición.

Hace ya un calor espantoso, pero se espera una cosa tan notable, que todos lo aguantan con filosófica paciencia.

Los presidentes y jurados de los varios grupos, que tienen su sitio al pie de la tribuna presidencial, esperan la llegada del Presidente de la República. Llegan la mar de músicas civiles y militares de todos los países, ocupan los sitios que les están reservados, y ejecutan piezas (algunas insulsas), que obtienen algunas palmas; por la puerta número 15 entra el Presidente de la República, y el servicio de orden que le rodea es tan formidable, que hace creer que en cada ciudadano puede hallarse un anarquista. Monsieur Loubet, los ministros y el cuerpo diplomático toman asiento en un estrado frente á la gran escalera de honor.

Esa tribuna está custodiada por soldados pertenecientes á todos los cuerpos, incluso los coloniales. Los comisarios generales extranjeros, precedidos cada uno de cuatro guardias de la Exposición, llevando las banderas é insignias de sus respectivas naciones, vienen á colocarse á derecha é izquierda de la gran escalera. La música de los Guardias Republicanos empieza á tocar la Marsellesa.

Acto seguido, en medio de profundo silencio, turbado de vez en cuando por frenéticos aplausos, desfila el doble cortejo de banderas é insignias, saludado de nuevo por triple aplauso. Después los coros de la Opera, guiados por el mismo autor, cantan el himno *Patria*. Enseguida Mr. Millerand pronuncia un discurso, del cual no of una palabra, pero que los periódicos de hoy reproducen íntegro, y que no quiero reproducir por no caer en *timo literario*. El discurso es aplaudido por los empleados del Estado solamente.

Tras del Ministro de Comercio se levanta el Presidente de la República, que pronuncia una peroración de la cual no cojo más que algunos trozos, que me reservo para otra ocasión; pero esta vez los aplausos son generales y nutridos. El cuerpo de coros de la Opera canta *Ars et Labor*, de Mr. Le Borne.

Después de eso se remite a cada representante de cada nación el conjunto de recompensas merecidas por los expositores, porque la entrega personal de premios hubiera sido interminable, tan numerosos como son. Cantatas y músicas terminan el acto, y el Presidente de la República se levanta, y entre una triple valla de tropas y de agentes se retira; a la puerta le espera un verdadero ejército de agentes y un escuadrón de coraceros; se sube en su *landeau* y es saludado por la muchedumbre por los gritos repetidos de—*Vive l'armée*.—A las cinco todo se acabó.

No quiero omitir que el cuerpo más airoso y que más éxito tuvo fué el de la Guardia civil de España, que con su natural marcialidad y *donaire* arrancó frenéticos aplausos a su paso, siendo saludada la bandera gualda y roja con verdadero cariño por los franceses (algo es algo). Hubo varios incidentes trágicos que les referiré en otra, pero, por lo pronto, veamos el pabellón de España.

El pabellón de España, como he tenido ocasión de decir en otras circunstancias, es uno de los más hermosos de la Exposición, es un palacio serio, imponente... pero vacío, apesar del precio fabulosísimo que se atribuye a los tapices que cuelgan en todas las salas.

El patio es hermoso; en medio está la estatua de Velázquez sobre un pedestal historiado con muchos bajos relieves que recuerdan las obras maestras del insigne español. En el primer salón, a la derecha, una vidriera que cobija seis escudos de armas que pertenecieron a Carlos V, así como dos cascos de acero y... hermosos tapices alrededor; en un salón contiguo, un piano... inglés moderno, teniendo encima muchos rollos de piezas españolas impresas en Londres para Aeolian.

Alrededor de este salón, hermosísimos tapices. En otro salón, y bajo de una vidriera, otros seis escudos de armas y otros dos cascos de Carlos V y de Felipe el Hermoso respectivamente, y magníficos tapices.

Lo que contribuye mucho a dar al pabellón de España un aspecto serio, es que es el único que no se parece a un bazar; en él no se vende más que el catálogo oficial, mientras que todos los demás están transformados en *sacacuartos*.

Basta de digresiones y subamos al primer piso: una galería circular da acceso a los salones; en esa galería que también ostenta ricos tapices, se ven muy buenas obras del maestro Benlliure y de Rosselló. La nota característica la da una alhaja escultórica del gran maestro Benlliure titulada *La estocada de la tarde*; es un magnífico toro que tiene el estocazo en su sitio, metido hasta la cruz; el animalito saca la lengua y dobla la rodilla derecha, diciendo como en la zarzuela:

«¡Tómela usted, torerazo, y cómasela con almendra!»

Al lado de esa obra, cuya reproducción está ya vendida varias veces, está una cabeza de niño del maestro Rosselló, un busto de Escudero y otros dos de bronce de Benlliure, que representan al duque de Veraguas uno, y otro titulado *El sueño*.

A otro lado de la galería el busto del ilustre hombre de Estado, conocidísimo en España por *el de la daga florentina*, el señor Silvela; a cuyo lado está el duque de Denia, y un poco más lejos dos cabezas de niñas.

En un salón, rodeado de magníficos tapices, se halla, bajo un dosel carmesí, un lindo bajo relieve, representando a la familia real, y encima de ese medallón, un Cristo crucificado, que en el momento en que le miré, me pareció ver el pueblo español contemplando desde allí el horizonte cargado de negruras.

En otro salón, y bajo una vidriera, se hallan otros seis cascos de hierro, labrados por los grandes maestros italianos; dos pertenecieron a Felipe el Hermoso, y cuatro a... Carlos V. No dirá los extranjeros que perdemos los cascos a falta de máquinas...

En otra vidriera, y como Exposición retrospectiva, se ven cuatro abanicos de la duquesa de Montaguado, una bandeja finamente labrada en Mallorca, varias medallas de bronce y armas fabricadas en... Versalles.

Este salón, como todos los demás, ostenta como colgaduras soberbios tapices que causan la admiración de todos los anticuarios, los que han ofrecido por ellos sumas fabulosas, según me han dicho los guardias que los custodian día y noche.

En otro salón, aquí está el *clou!* bajo una vidriera, está la tónica de Boabdil *el chico*, con sus últimas armas, su último portamonedas y su última cartera; esas glorias del pasado son de propiedad de la marquesa de Viana.

En la última vidriera se hallan otros cinco cascos del inevitable Carlos V., un turbante de Barbaroja, conquistado a éste por aquél; dos cascos de Felipe el Hermoso, y otros dos anónimos, pero que seguramente deben ser de Carlos V.

Alrededor de este último salón se ven hermosísimos tapices que representan parte de *via crucis*, con sus romanos y *lío*.

Se me olvidaba nombrar un clavicordio inventado en 1625 por un fraile (esta nota no podía faltar) llamado R. P. Raimundo Truchardo; está presentada esa preciosidad por un D. Manuel Pérez, que vive calle de la Cabeza número 40, Madrid; se vende (el clavicordio). Al lado de esa ruina artística está una vidriera llena de

música celestial, quiero decir, adecuada al clavicordio; todas las partituras están cerradas, menos una, en la primera hoja de la que se lee:

La serva innamorata
ATTO I

per el signore Pietro Guglielmi.

Aquí ya no queda nada que ver, y antes de visitar los anejos de España, voy a prepararme a presenciar la fiesta de noche, que promete estar espléndida.

Una muchedumbre inmensa, asombrosa, llena el recinto de la Exposición; un océano de cabezas ondula en las dos orillas del Sena; los hombres se encaraman en los árboles, en las techumbres de algunos edificios; algunos se suben sobre los caballos de piedra del pabellón de los Estados Unidos; no queda un sitio, por incómodo y pequeño que sea, que no esté ocupado por un ser humano.

Los hoteles-restaurants están tan repletos de consumidores, que se toman grandes catástrofes; los asientos están tomados a viva fuerza; la fiesta no empezará hasta las nueve y media, pero a las seis cada cual ha conquistado el puesto que piensa ocupar hasta las doce; hora en que termina la fiesta; cada cual lleva su comida consigo ó la compra en los barracones a precio de plata; se come en pie encima de su asiento, y hay individuos que venden la efímera posesión de su silla por diez francos. Aquí no hay respeto ni caridad para nadie; algunos hombres se vuelven groseros cuando una señora con voz suplicante les pide la silla que aquéllos ocupan; yo me libro de todo eso. No tengo silla, he hallado un cajón viejo al lado del barracón en que he comido, me subo triunfante en él y... lapiz en ristre, espero los acontecimientos. Omíto mil pequeños incidentes que harían las delicias de Taboada ó de Mariano Cavia, porque se va a desarrollar a nuestra vista un espectáculo inolvidable.

En medio de indescriptible algazara, llamamientos en roo idiomas, exclamaciones entusiásticas, de hachones inquietantes, transcurren tres mortales horas; sería ahora una temeridad querer dar cuatro pasos: hay que estar en su sitio y *aguantarse de todo*. ¡Nueve y media! 500,000 voces saludan las avalanchas de luz que arrojan repentinamente la Torre Eiffel y todos los poderosos focos de las secciones mecánicas, farolitos de reflectores potentísimos; las aguas del río aparecen cual olas de fuego sobre las que se pasean majestuosamente barcos de vapor, eléctricos, de vela, de remos y automáticos, de todas formas; aparece uno que representa la *Naó* admirablemente iluminada, y es saludado por un millón de manos que aplauden produciendo un ruido ensordecedor.

Ahora pasa un barco de potentes acumuladores de electricidad que, por medio de ingenioso mecanismo, simuló su propio incendio, apareciendo entonces cual ascua de oro candente, sobre la cual, en posturas encantadoras, lucían su garbo diez muchachas vestidas de ninfas. Una apoteosis tan espléndida que aquello parecía ser un sueño maravilloso de los cuentos de las mil y una noches.

La Torre Eiffel, cuya masa gris se confundía con el color del cielo, parecía una inmensa columna de fuego que salta del suelo para dominar ese abrazamiento inenarrable.

Los miles de barcos que cruzan el Sena están adornados con sumo gusto; cada dueño de esos vehículos con entusiasmos, quiere ganar la medalla de oro prometida al mejor, y los más modestos quieren obtener las de plata, *vermeil* y otras como premio a sus esfuerzos.

El fuego artificial viene a transformar el entusiasmo en delirio; los fuegos de bengalas de todos los colores del prisma dan a los hombres y a las cosas tal aspecto sobrenatural, que muchos se tientan para asegurarse que están despiertos. Cuando el entusiasmo está en su punto álgido, corre el rumor de una espantosa catástrofe en la que han perecido centenares de personas; esa terrible noticia cunde, y al pasar por la muchedumbre adquiere tales proporciones, que el pánico está a punto de apoderarse de todos, pero son las doce; la fiesta se acaba y las enormes olas humanas se ponen en marcha hacia las innumerables puertas de la Exposición. En aquel momento, alguien me llama por mi nombre. ¿Quién puede ser? ¿Cómo es posible que yo, pobre pigmeo ignorado en ese océano inmenso, sea conocido de alguien? Pues es cierto, me llaman y me tocan y veo a mi querido paisano, discípulo y amigo querido, D. Manuel González de Agreda; nos abrazamos y salimos juntos de la Exposición, y hablamos de la tierra de la familia y de los buenos amigos que allí, tras aquel Pirineo, hablan de nosotros; y discutimos así varias horas, perdiéndonos en el inmenso piélago parisien...

La catástrofe y siniestro de menor cuantía. La barandilla de una pasarela, no pudiendo resistir la presión de miles de personas, se rompió en un trecho de doce metros; por esa brecha cayeron como racimos humanos cuarenta personas en un horrible montón; catorce de ellas están graves y algunas no pasaron de la noche. Cosa rara: entre esas personas no hay un extranjero.

En el Sena también hubo algunas colisiones entre algunos de los barcos; uno de vapor pasó por ojo a uno de remos, ocho personas cayeron al río y una de ellas se ahogó: es un joven de 18 años.

En este momento me enteró que los valientes boers han hecho prisioneros a 4,000 ingleses. Dios quiera que sea verdad, y mañana le caen al anciano Kruger otro diluvio de tarjetas de felicitación. La del BALUARTE no será la última.

Me acabo de encontrar a tres muchachos de la Comisión obrera perdidos en el otro extremo de París; buscaban un periódico español decían

ellos; les dí EL BALUARTE con las *Murmuraciones*, con el cual pasaron el gran rato.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

París 18 Agosto de 1900.

El rey y el almirante

«El rey estudiará las necesidades del país en su viaje náutico.»
(Un periódico monárquico).

A bordo del *Giralda*:
—¡Cuidado con marearse, señor Almirante Silvela!

—Perdone V. M. ¡Ay! ¡cómo tengo el estómago! ¡Limon, éter, té! ¡que me muero!

—Yo quiero mirar con el antejo...

—V. M. puede disponer de dos... Pero le aconsejo que no mire más que con el del puente.

—Lo haré así... ¡Qué bonito! Mire, mire, señor Almirante Silvela, ¡Da gusto reinar en un país tan hermoso!

—¿Qué ve? ¡ay, ay!, ¿qué ve vuestra majestad?

—Veo... Un mar azul, hermoso, tranquilo...

—Así está España, como una balsa de aceite, gracias a Dato y a mí...

—Veo muchos marineros que me vitotean...

—Como todos los súbditos de V. M...

—Veo palomas que arrojan a mi paso...

—¡Oh, las palomas nos cuestan un dinerall! No son palomas subvencionadas por el fondo de repülés. Este es para los periodistas que se lo llevan todo...

—Veo colgaduras.

—De algunas colgaduras nos vamos librando los señores ministros.

—Veo pueblos que me gritan vivas. ¡Qué hermosa tierra! ¡Oh, qué gran país! Sr. Silvela. En España la gente es muy feliz. Todo está muy bonito, muy arregladito... La gente se muere de dicha. Todo el mundo viste y come bien... Los españoles no cesan de darse banquetes.

—Verdad, mucha verdad.

—¡Oh, qué gran nación.

—¡Oh, qué magnífica civilización!

—Veo recibimientos entusiastas, arcos, grandes talleres, grandes adelantos. Oigo discursos elocuentísimos; ¡qué feliz soy de gobernar aquí, señor Almirante!... Pero quiero mirar con el otro antejo...

—No se lo aconsejo a V. M.

—Pues yo quiero...

—¿Y qué ve V. M.?

—Señor Almirante... Veo ¡qué horror! veo un mar negro, muy negro; tierras muy áridas, gentes que me miran con tristeza... Miseria, indignación, muchos, muchos frailes, robos, escándalos.

—Ese antejo debe de estar ahumado... No crea V. M. en él... Crea en el antejo ministerial.

—¡Qué atrocidad! Veo plazas y plazas de todos, mucha sangre, muchos repatriados, y allí, allí...

—¿Qué ve allí V. M.?

—Veo un edificio que dice: «Ministerio de Hacienda. Saldo nacional, 1 peseta.»

—Mentira ¡ay! ¡ay! ¡Qué mareado estoy! ¡Uf! ¡Uf!

Me caigo... Perdone V. M.

Voy a cambiar la peseta...

RODRIGO SORIANO.

De actualidad

PROHIBIDA

Dato ha prohibido la manifestación de protestantes en Zaragoza.

MAL TIEMPO

En el Cabo Finisterre reina viento Noroeste y mar gruesa, que hará probable el retraso del viaje de los reyes.

ESTADÍSTICA

Para primeros de Noviembre, según Dato, quedará terminado el reglamento para la estadística del trabajo.

ECOS DE LA PRENSA

El Español ocupase de las cuestiones de Marina y hace notar el aumento de las dotaciones y gratificaciones del *Pelayo*, *Numancia*, *Vitoria*, *Lepanto* y *Carlos V*, que asciende a 5.904 pesetas, mientras el desarme de los cañoneros solo reduce los gastos a 68.400.

Ceusura a Silvela.

CORUÑA

La ovación hecha a los reyes fué delirante é indescriptible.

En las calles agolpábase la multitud: vivas atronadores.

De los balcones saltan flores y palomas hasta cubrir el coche: un millar de cohetes.

El *Te Deum* fué solemne; la revista militar brillante; la recepción en la Capitana general numerosa.

EL CÓLERA

En Simla (India inglesa) ha habido cincuenta invasiones seguidas de defunciones.

PROCESO

En Pretoria ha terminado el proceso por el complot contra Roberts.

Han sido condenados a muerte dos cabecillas boers.

En breve se enviarán a Ceylán 2.800 prisioneros boers.

CUESTIÓN DE CHINA

Valdersee embarcó en Nápoles.

Confirmase que el general francés Negrier

será jefe de Estado Mayor del ejército aliado.

La prensa francesa pide envío de grandes refuerzos a China.

El 15 ha sido saqueado el Banco de Pekín; ignórase por quiénes.

MARRUECOS Y TUAT

Se ha ordenado al almirante Fournier que concentre la escuadra en Tolón.

Nótanse preparativos para ejercer enérgica acción en Marruecos contra los propósitos del sultán de recobrar el Tuat.

CRÍMEN

En la calle de Écija, un joven sastre, desdénado por su novia, planchadora de veintidos años, disparóle un tiro en la frente y disparóse él otro bajo la barba.

A ella quedósele el proyectil incrustado en la piel: él está grave.

EL LAGARTO

(CUENTO)

I

En el hermoso patio del casino, reostados dulcemente en las mecedoras, veíamos deslizarse las tardes calurosas de aquel mes de Julio, entretenidos en conversaciones siempre chispeantes y amenas.

En esa especie de balance mental que solemos hacer del mérito ó cualidades de las personas que nos rodean, admirábame yo de la cultura, la bondad y el ingenio que se encerraba en las siete ú ocho personas que formaban aquella tertulia.

Declaro que la grata impresión de aquellas horas inolvidables, vivirá constantemente en mi memoria.

II

Allí fué donde una tarde oí la siguiente interesante aventura, que me contó el doctor Llopps, ese viajero y narrador incansable a quien seguramente conoceréis.

—En 1874—decía el doctor—tenía yo veintidos años y después de haber permanecido nueve meses de médico en una explotación minera de Hong-Kong, me embarqué para San Francisco de California en el magnífico vapor *Yokohama* de 9,000 toneladas, perteneciente a la «American and Chaine Navegación C.^a»

El capitán del buque, que era irlandés, al enterarse de que yo era español y por consecuencia católico, entabló pronto amistad conmigo, gozando yo merced á estas circunstancias casual cuantas comodidades podía apetecer en aquella navegación que por lo menos debía durar un mes.

Ocupábase la primera cámara unos doscientos pasajeros, y pronto se entabló entre nosotros esa confianza y espíritu de compañerismo que en un espacio tan reducido como es un buque, han de vivir juntos largo tiempo.

Sin jactancia puedo asegurar que yo era uno de los pasajeros más buscados y queridos del buque, á causa de mi carácter meridional alegre y divertido y mi juventud.

Solo entre las mujeres jóvenes no encontraba yo la acogida que en los demás pasajeros; antes al contrario, sin que yo pudiera adivinar la causa, mi presencia solía provocar entre ellas sonrisas maliciosas y algo así como la impresión que causa un ente ridículo.

No hay para qué ponderar lo que me hacía sufrir la actitud incomprensible de las bellas pasajeras jóvenes del *Yokohama*, sobre todo si se tiene en cuenta que yo tenía gran vanidad de mis cualidades físicas y sociales.

Vestía yo una elegante americana de seda de color crema, de corte chino un chaleco de felpa verde con algunos hilos negros, que por aquel tiempo era la última moda de Europa; pantalón de hilo blanco finísimo, zapatos de charol y calcetines de seda de colores vivos y elegantísimos.

Ni mi figura, que ya digo á usted que me tenía orgulloso, ni mi indumentaria creía yo que podía justificar aquella situación; así es que, al ver que lejos de modificarse se agravaba cada día más, resolví consultar con el capitán, de quien recibía cada día mayores pruebas de consideración y afecto.

—Efectivamente—me dijo el capitán riéndose apenas escuchó mis primeras quejas.—Esa americana tan hermosa, la señorita Effia Stanford, su amiga la francesa Eugenia y otras son las que han promovido todo eso.

—Pero ¿qué dicen?

—Amigo mío, le han puesto á usted un mote.

—¿Un mote á mí?

—Sí señor, á usted; un mote que no deja de tener gracia: le llaman á usted *El lagarto*.

—Pero Dios mío, ¿por qué?

—Hombre á causa de ese endiabrado chaleco verde que tiene usted—y el capitán seguía riéndose.